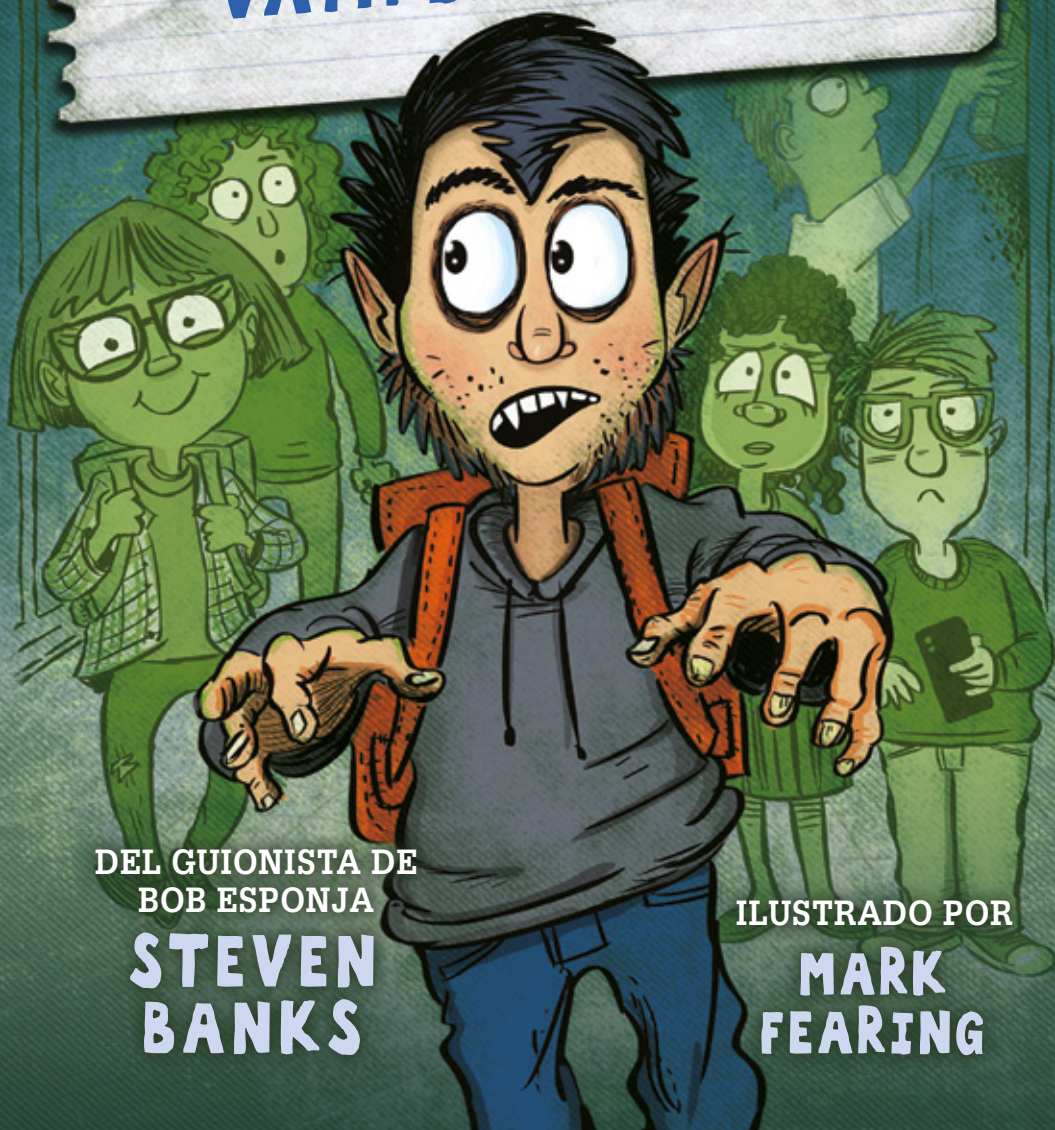


# MORDISCOS MONSTRUOSOS

LO QUE TE PASA SI TE CONVIERTES EN UN  
**VAMPIZOMLOBO**



DEL GUIONISTA DE  
BOB ESPONJA

**STEVEN  
BANKS**

ILUSTRADO POR

**MARK  
FEARING**

# MORDISCOS MONSTRUOSOS

LO QUE TE PASA SI TE CONVIERTES EN UN  
VAMPIZOMLOBO

Steven Banks

ILUSTRADO POR Mark Fearing

TRADUCCIÓN DE Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Middle School Bites*

1.ª edición: marzo de 2021

© Del texto: Steven Banks, 2020

© De las ilustraciones: Mark Fearing, 2020

© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2021

Publicado por acuerdo con Holiday House Publishing, Inc.,  
50 Broad Street, New York, NY 10004, USA.

Derechos de traducción gestionados por  
Sandra Bruna, Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-698-4867-8

Depósito legal: M-2260-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

A mi hermano, Alan,  
que sabe que tanto los monstruos  
como la secundaria pueden ser  
espantosos y divertidos.

S. B.

No te vas a creer que ocurriera esto.  
Yo tampoco me lo creería.  
Pensaría que me tomabas el pelo o que estabas  
chiflado.  
Pero todo ocurrió de verdad.  
Palabra.  
No tienes más que mirarme.  
¿Ves?



## 1.

### Horrible comienzo

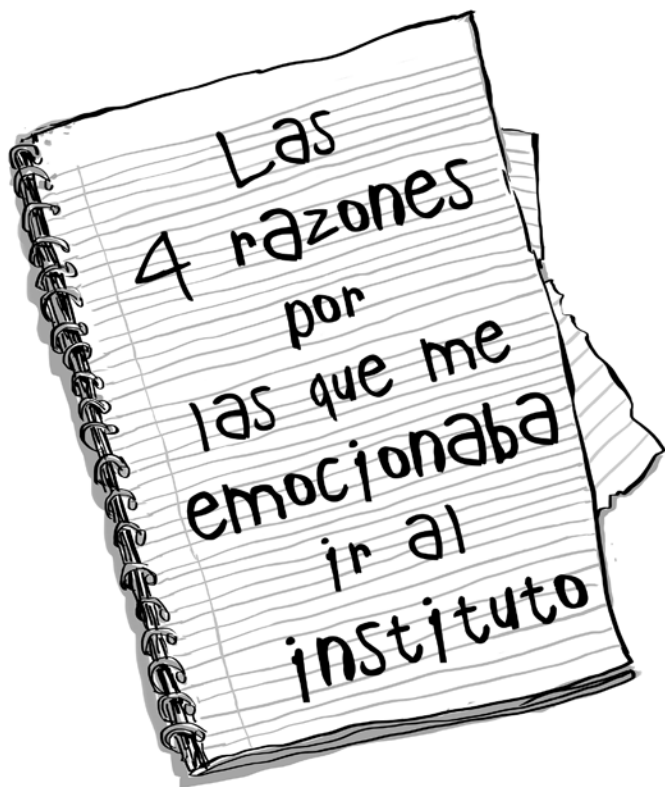


**R**ecibí el primer mordisco cuando dormía en la cama a las 2:54 de la madrugada.

Recibí el segundo mordisco tres horas más tarde, cuando corría por una carretera oscura en el bosque.

Recibí el tercer mordisco aquella misma tarde, en una barraca de feria abandonada y vieja.

Todo ocurrió en el segundo peor día de todo el año. El último día de las vacaciones de verano. Al día siguiente, yo empezaba la secundaria. Había cuatro razones por las que me emocionaba ir al Instituto de Hamilton y cuatro por las que no.



**N.º 1** Dejaría de ser un pequeñajo de primaria.

**N.º 2** Tanner Gantt no estaría en el instituto. Tanner Gantt es un chico que me fastidiaba todo el tiempo en el colegio. Yo me llamo Tom Marks, pero él siempre me llamaba «Tommy Marciano». Es grande, y da empujones a otros niños y les pone motes y se ríe de ellos. Te echa encima lo que está bebiendo como si fuera sin querer, y después dice: «¡Lo

siento muuuuucho!». También les tira comida a otros o los mete en contenedores de basura. Nadie se atreve a enfrentarse a él porque seguramente lo mataría.

Pero ya no tenía que preocuparme por él. Mi mejor amigo, Zeke Zimmerman, me había llamado dos semanas antes de que empezaran las clases.

—¡Tom! —gritó al teléfono, muy emocionado—. ¡Tanner Gantt no irá a Hamilton! ¡Va a ir al Instituto Kennedy!

Aquella era la mejor noticia que me habían dado nunca. Pero, tengo que admitirlo, sentí un poco de pena por los pobres chavales del Kennedy.

**N.º 3** Tendría mi propia taquilla. Tendría todas mis cosas de clase en ella, y colgaría fotos guais y guardaría comida para casos de emergencia. También podría guardar secretos. Todavía no tenía ningún secreto, pero ya lo tendría algún día.

Me preocupaba un poco que se me olvidara la combinación de la taquilla.

Mi hermana, Emma, que tiene dieciséis años y es mi segunda persona menos favorita en el mundo (Tanner Gantt es la número 1), me había dicho: «Si se te olvida la combinación, tienes que pagarle cien dólares al con-





serje, que tiene muy mal humor, para que te abra la taquilla...Y el director anuncia a todo el instituto que se te ha olvidado».

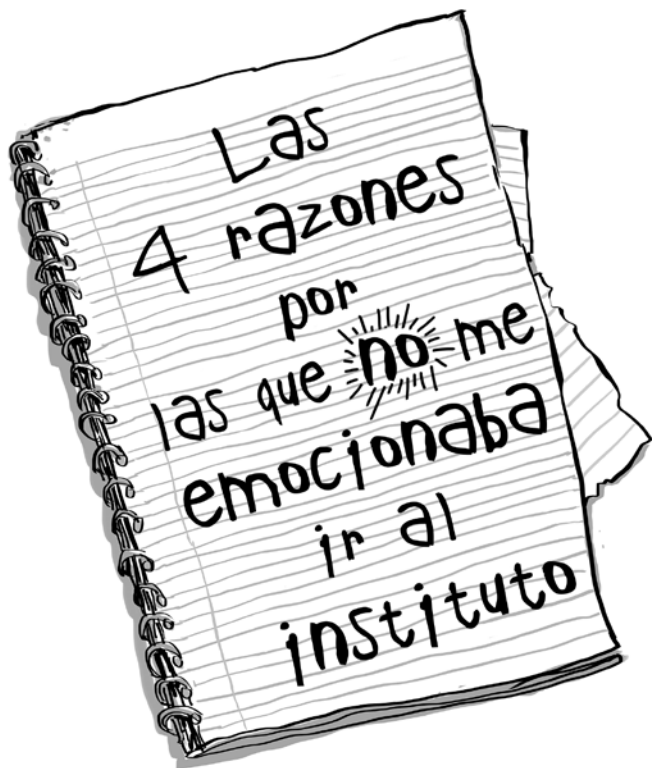
Me imaginaba sentado en clase y oyendo por los altavoces: «Atención, estudiantes y profesores: os habla el director. Tom Marks ha olvidado la combinación de su taquilla. No dejéis de reiros de él y señaladlo con el dedo durante todo el día. ¡Muchas gracias a todos!».

Tomé la decisión de escribir la combinación en la suela del zapato por si acaso se me olvidaba. Después me enteré de que Emma me había dicho una trola. Lo hace TODO el tiempo.

**N.º 4** Annie Barstow iría a mi colegio. Tiene once años, la misma edad que yo. Es lista y divertida, y me gusta el pelo que tiene. Espero que algún día Annie sea mi novia, pero quiero esperar al bachillerato para pedírselo. En la secundaria seremos solo amigos. Llamo a esto *El Plan Novia*. Creo que hacer planes es buena idea.

Si Annie está de acuerdo en ser mi novia, entonces, después del bachillerato, iremos juntos a la universidad, después podremos casarnos quizá y hacernos muy muy ricos, y vivir en nuestra propia isla desierta privada. No sé cómo nos haremos ricos. Cuento con Annie para que lo averigüe, porque ella es muy lista.

Todavía no le he contado a Annie nada de *El Plan Novia*.



**N.º 1** En el instituto te ponen TONELADAS de deberes.

El año pasado, Emma me advirtió:

—Los libros de secundaria pesan diez kilos cada uno. Algunos chicos tienen tantos deberes que se les parte la columna transportando los libros a casa.

—De eso nada, Emma —repuse—. Eso es mentira.

Entonces señaló por la ventana a un chico que caminaba por la acera. Llevaba un arnés para la espalda.

—Ahí va uno —dijo sonriendo.

Después me enteré de que estaba mintiendo.

Emma es lo peor de lo peor.

**N.º 2** Encontrar las siete aulas distintas a las que tenía que ir, y llegar a cada una antes de que sonara el segundo timbre.

—Una vez, un chico se perdió buscando el aula —dijo Emma—, y nunca lo encontraron.

Menuda trolera.

**N.º 3** En el Instituto Hamilton podría haber matones completamente nuevos que fueran peores incluso que Tanner Gantt.

—¡Ah, por supuesto que los hay! —dijo Emma con una sonrisa.

**N.º 4** En Educación Física te obligan a correr cuatro vueltas (más de kilómetro y medio) alrededor de la Pista Más Grande del Mundo. Y yo odio correr.

Sabía que la secundaria no sería fácil, pero estaba preparado porque tenía un plan. Lo llamaba *Plan Tom Invisible*. Me quedaría callado en la parte de atrás del aula y no me vería nadie. Si no se daban cuenta de que yo existía, no me acosarían ni me pondrían ningún mote idiota por hacer algo estúpido y vergonzoso.



Una vez, un chico de mi colegio de primaria tenía que hablar sobre perritos calientes. Estaba muy nervioso, así que no dejaba de decir *pelitos* en vez de «perritos». Desde entonces, todo el mundo lo llamó «Pelitos».

Un pequeño error, y te cambia la vida entera.

Toda mi vida cambió el día antes de que empezara la secundaria.

## 2.

### El primer mordisco



**S**iempre voy a casa de la abuela el último fin de semana antes de que empiecen las clases. Vive en el bosque, a unas tres horas de mi casa.

La abuela es bastante vieja, pero no va de vieja. Va en una bici de montaña y hace senderismo y yoga. Tiene el pelo gris largo, y siempre lleva vaqueros, camisas de colores, gafas de montura metálica y una locura de collares. Me parece que era jipi.

La abuela tiene un montón de discos de vinilo en su casa y, cuando los escucha, se pone a cantar ella con el cantante. Y pone el volumen superalto.

—Eso es porque está perdiendo oído —dice mi padre.



La abuela dice:

—Si no pones el *rock and roll* alto, ¿para qué ponerlo?

Mi último día en casa de la abuela (el día antes de que empezaran las clases), había puesto la alarma para que sonara a las seis en punto. Había decidido levantarme temprano y salir a correr para entrenarme, para ser luego capaz de dar aquellas puñeteras cuatro vueltas en Educación Física. Da la impresión de que quieren que vayamos todos a las Olimpiadas. Yo no quiero ir a las Olimpiadas.

Pero tampoco quería ser el pringado que llega el último en la carrera, jadeando y con cara de estar a punto de desmayarse. Por eso me había estado le-

vantando temprano para salir a correr. Aquel era mi segundo día. Creo que debería haber comenzado dos semanas antes, pero odio correr y también odio levantarme temprano.

Como corría muy pronto, antes de que saliera el sol, no hacía calor. No quería volver a casa todo sudado y asqueroso. ¿A quién le gusta volver a casa todo sudado y asqueroso? Respuesta: seguramente, a la misma gente que quiere ir a las Olimpiadas.

Esa mañana, apagué la alarma y miré por la ventana abierta. Se veía la luna por entre los árboles. Estaba casi llena. Fue entonces cuando noté algo raro en el cuello, como un mordisco. Recordaba haber sentido algo en el cuello en medio de la noche, y que me había rascado un poco y me había vuelto a dormir. En casa de la abuela siempre tengo picaduras de distintos bichos. Hasta he hecho una

lista que  
he puesto en la  
puerta de  
la nevera.  
Es como si  
el primer  
bicho que





me viera llegar a casa de la abuela les dijera a todos los otros que estoy allí.

—¡Eh! ¡Chicos! ¡Mirad! ¡Ha venido Tom!

—¡Me encanta morder a ese chico!

—¡A mí también! ¡El año pasado le mordí cinco veces!

—¿Sí? ¡Pues yo le piqué diez veces!

—¡No te eches faroles!

—¡Que sí, que le piqué diez veces!

—¡Tú eres una abeja! ¡Si le picas una vez, te mueres!

—Bueno..., eh... yo... quería picarle diez veces.

—¡Eh! ¡Vamos a hacer una competición, a ver cuántas veces podemos morder y picar a Tom!

—¡Qué idea, cómo mola!

—¡Al ataque!

Sé que esto no ha sucedido así exactamente, pero da la impresión de que sí.



Creí que el mordisco que tenía en el cuello era de una araña, pero resultó ser de algo un millón de veces peor.

★ ★ ★

Me puse las zapatillas de correr, unos pantalones de chándal y una camiseta. Estaba cansado porque la abuela y yo nos habíamos quedado por la noche viendo una película.

Después de cenar (*pizza* casera y refresco con helado de vainilla), ella se inclinó sobre la mesa y me preguntó susurrando:

—¿Quieres ver una película de terror?

A la abuela le encantan las películas de terror.

La que vimos era muy antigua y en blanco y negro. Creí que sería aburrida, pero en realidad daba bastante miedo, y risa también. Salían Frankenstein y Drácula y el Hombre Lobo persiguiendo a dos chicos que se llamaban Abbott y Costello. Admito que puede que cerrara los ojos varias veces. Espero que la abuela no me viera. Pero sé que si me vio no se lo dirá a nadie.

★ ★ ★

Cuando bajé de mi cuarto, la abuela estaba en la cocina preparando café. Se levanta todos los días muy pronto, aunque no tiene obligación.

—¡Buenos días, Tommy! ¿Estás listo para correr?

Es la única persona a la que todavía le permito que me llame «Tommy». Todos los demás me lla-

man Tom. (Bueno, excepto Tanner Gantt, que me llama «Tommy Marciano», pero ese no cuenta).

Le enseñé el cuello.

—¿Es una araña, abuela?

—Déjame mirar.

Me miró el cuello.

—No veo nada...

Espera.



—Tienes dos puntitos rojos. Debes de estar rico, porque te mordió dos veces.

Añadió «araña» a la lista de la nevera.

★ ★ ★

Salí por la puerta de atrás y bajé por un camino a la carretera. Era un poco más largo, pero no quería pasar por delante de Estuardo.

Estuardo es el descomunal perro del vecino de la abuela, que siempre lo tiene atado delante de la

casa con una soga. Es un husky siberiano, con un pelo blanco y gris que le da pinta de lobo.

«Estuardo» es el peor, el más tonto y el más ridículo nombre que le podían haber puesto a aquel perro. Tendrían que haberlo llamado algo como «Bruto», o «Asesino», o «Caníbal».

Siempre me ladra cuando paso por su lado.

Cuando yo tenía cinco años, Emma me dijo:

—Si alguna vez Estuardo rompe la soga, será mejor que corras, porque te perseguirá y te mordeará y te matará y te comerá.

Yo no tenía ganas de comprobar si era otra trola.

★ ★ ★

Todavía estaba bastante oscuro, pero la luna daba bastante luz para poder ver cuando corría por la carretera de tierra. Llevaba unos cinco minutos corriendo cuando doblé una curva y me quedé parado en el sitio.

Estuardo estaba colocado sobre sus cuatro patas en medio de la carretera.

Se ve que había conseguido morder por fin la soga y había decidido esperarme allí para atacarme. (Odio cuando Emma tiene razón). Echó la cabeza hacia atrás y aulló. Yo nunca había oído hasta entonces el aullido de Estuardo. En la escala del miedo, que va del 1 al 10, aquello se merecía un 9.

Bajó la cabeza y me miró derecho a los ojos, gruñendo.

—Quieto —dije—. Estuardo..., quieto.

No sabía si me obedecería, pero valía la pena intentarlo.

Muy despacio, empecé a caminar hacia atrás.

—Perrito bueno... Quieto... Quieeeto...

No se quedó quieto.

Estuardo empezó a correr hacia mí. En aquel momento lamenté no haber querido ir a las Olimpiadas y no haber empezado a entrenar cuando tenía cinco años, para poder correr ultrarrápido.

Se me iba acercando. Me volví y empecé a correr lo más aprisa que podía.



—¡Quieto...! ¡Sit! —grité por encima del hombro—. ¡Date la vuelta...! ¡Hazte el muerto!

En ese momento me estaba pisando los talones e intentaba morderme. Oía cerrarse sus fauces cada vez que intentaba morderme y no llegaba. Yo me estaba cansando y sabía que no podría seguir corriendo a aquella velocidad.

¿Por qué me habría levantado a correr? ¿Qué más daba si era el último en la clase de Educación Física y llegaba jadeando y me desmayaba cuando me hacían correr un poco más de kilómetro y medio? En aquel momento me iba a morder un perro gigante que no pensaba cambiar de idea.



Estuardo me mordió en el tobillo. Noté cómo sus dientes me atravesaban el calcetín y la piel.

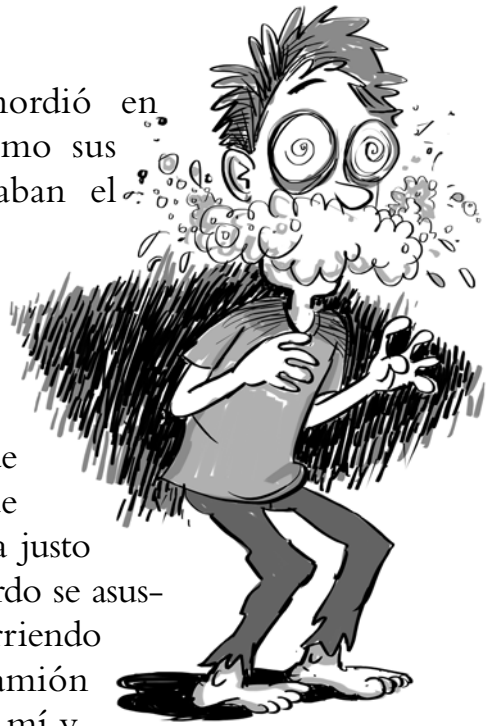
De repente, vi unas luces blancas que brillaban delante de mí.

Eran los faros de un gran camión que venía por la carretera justo hacia nosotros. Estuardo se asustó y se internó corriendo por el bosque. El camión pasó por delante de mí y yo dejé de correr y me incliné, con las manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento. Me remangué la pernera del pantalón y vi que la parte de atrás del calcetín tenía sangre. Me bajé el calcetín y encontré la marca de la mordedura.

¿Me entraría la rabia?

La abuela y yo habíamos visto una película de un niño al que le entraba la rabia. Se volvía loco y empezaban a salirle por la boca burbujas blancas como de espuma. La gente me llamaría «Burbujita» el resto de mi vida.

Ahora quisiera haber cogido la rabia. Eso habría sido mucho mejor que lo que pasó a continuación.



★ ★ ★

La abuela estaba en el porche de delante de la casa, haciendo yoga, cuando llegué yo corriendo.

—¡Abuela! ¡No te vas a creer lo que me acaba de pasar!

Ella deshizo la posición en la que estaba y me sonrió:

—Prueba.

—¡Me han vuelto a morder! —dije, bajándome el calcetín para enseñárselo.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó ella.

—¡Estuardo!

La abuela se puso furiosa de verdad. Nunca la he visto tan enfadada. Ni siquiera con las noticias de la tele. Sacó el teléfono y llamó al vecino y empezó a gritarle. Dijo algunas palabras que yo no le había oído nunca. En realidad, ni siquiera me imaginaba que mi abuela las conociera. Debía de haberlas aprendido cuando era jipi.

Entonces dejó de gritar y se puso a escuchar. Poco a poco, su cara fue perdiendo la pinta de enfadada. Al cabo de un rato, dijo en voz bajita:

—Eh, ah..., bueno... Lo siento, Jasper. Hasta luego. —Colgó el teléfono, se aclaró la garganta y me miró—: Bueno..., parece que Estuardo está en el veterinario porque lo están operando de los ojos. ¡Así que debe de haber sido otro perro ceporro! Tommy, ¿te han puesto la vacuna contra la rabia?

Odio las inyecciones.



—Eh... Creo que sí. Sí. Seguro. No necesito más. Estoy bien.

La abuela cogió el teléfono y dijo:

—Bueno, para estar seguros, llamaremos a tu madre.

Le contó a mi madre lo que había pasado y le preguntó si me habían puesto la vacuna. Después colgó y se volvió hacia mí:

—Bueno, me parece que tú y yo vamos a hacer una visita a Urgencias.

Antes de salir, la abuela pasó por la nevera y escribió «perro» en la lista de seres que me habían

picado o mordido.

★ ★ ★

Me senté en la sala de espera junto a otro niño que tendría más o menos mi edad. Tenía un pelo largo que le colgaba por delante de la cara, y se miraba los pulgares como si fueran la cosa más interesante del mundo. La abuela estaba ante el mostrador, hablando con una enfermera.

El niño levantó el pulgar derecho:

—Tío, ¿a ti no te parece que está roto?



A mí me parecía normal, pero me dio la impresión de que él quería que le dijera que estaba roto.

—Sí, del todo.

Asintió con la cabeza y se recostó en la silla.

—¿Tú por qué estás aquí?

—Me ha mordido un perro. Y me tienen que poner una inyección contra la rabia.

Se apartó el pelo de la cara y abrió unos ojos como platos:

—¿Contra la rabia? ¿En serio? Eso no mola nada. Mi hermano tiene un amigo que tiene un primo al que le mordió un perro, y le tuvieron que poner cinco inyecciones.

¿Cinco inyecciones? ¿Para qué hacían falta cinco inyecciones? A mí solo me habían mordido una vez.

—¿En serio? —dije—. ¿Estás seguro?

—¡Sí! Y las inyecciones dolían mucho. Utilizan la aguja más grande que hayas visto nunca, y te la clavan en el brazo dentro del todo, y te meten la medicina más dolorosa que encuentran.

Aquel chico me recordaba a Emma.

Esperaba que estuviera mintiendo, o que el primo del amigo de su hermano se hubiera inventado la historia, o que simplemente su afición favorita fuera pasar el rato en las salas de espera de Urgencias asustando a la gente. Me imaginaba a Tanner Gantt haciendo eso mismo.

—¿Tom Marks? —dijo la enfermera.

Me levanté.

El niño negó con la cabeza y me dijo:  
—¡Tío, cuánto me alegro de no ser tú!

★ ★ ★

La doctora examinó la mordedura del tobillo, la limpió, echó en ella algo que escocía y me dio unas pastillas para que las tomara.

—Te dejarán un poco adormilado —dijo—. Esta noche dormirás bien.

¿Solo me tenía que tomar unas pastillas?

Sin problemas. Eso podía afrontarlo.



Ya sabía yo que aquel niño idiota estaba mintiendo. La doctora sonrió:

—Ahora arremángate, que te voy a poner dos inyecciones. Te pondremos otra dentro de tres días. Después otra a los siete días y otra dos semanas después.

Eso sumaba cinco inyecciones: el niño no había mentido.

Decidí que no volvería nunca a casa de la abuela.

La doctora cogió la Aguja Más Grande del Mundo.

—Puede que te pique un poquito.

Odio cuando los médicos dicen esas cosas. ¡Mienten! Las inyecciones no pican nunca: duelen. Me gustaría que los médicos dijeran sencillamente: «Mira, niño, esto va a resultar extremadamente doloroso, porque voy a clavarte esta cosa afilada en mitad del brazo. Prepárate para chillar.

Si yo fuera médico, eso es lo que diría.

Me arremangué, aparté la mirada, cerré los ojos con todas mis fuerzas y apreté los dientes. Efectivamente, no picaba..., ¡dolía!

La doctora se estaba lavando las manos cuando la abuela recordó la mordedura del cuello.

—Otra cosa, doctora... ¿Puede mirarle lo que tiene en el cuello?

La doctora me miró el cuello y sonrió:

—Bueno, me alegro de que ya tengas puesta la vacuna de la rabia.

—¿Por qué? —pregunté.

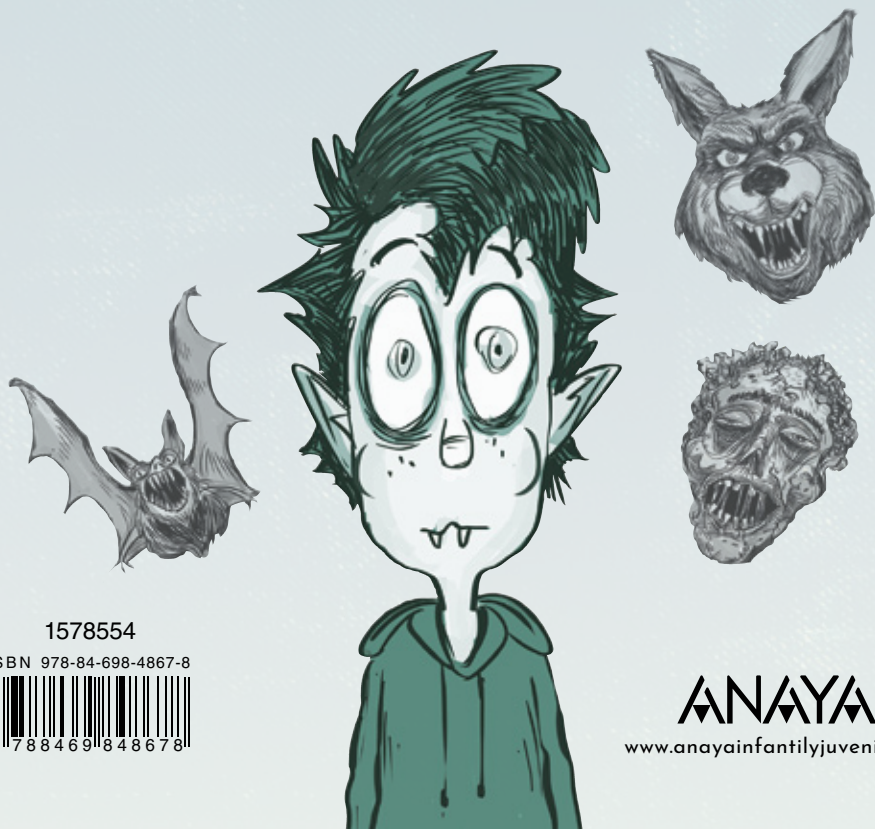
—Esa mordedura es de murciélago.

Tom tiene once años y va a entrar en el instituto. No quiere llamar la atención, pero tiene **hambre** y ganas de **aullar**, por no mencionar que está **medio muerto**.

La culpa es de un vampiro... y un zombi...  
y un hombre lobo...

Tras sufrir una serie de lamentables **mordiscos**, Tom es ahora parte **vampiro**, parte **zombi** y parte **hombre lobo**. Y eso ha pasado justo la víspera de su primer día en el instituto, arruinándole completamente su *Plan Tom Invisible*. Y no tiene ningún *Plan Qué Hago Si Me Convierto en Vampizomlobo*.

Con la ayuda de su incontenible amigo Zeke, Tom intenta aceptar su futuro. Zeke piensa que lo de ser vampiro, zombi y hombre lobo resulta **¡excelente!** (A Zeke todo le parece **¡excelente!**). Al menos ahora Tom podrá hacer frente al matón de su curso.



1578554

ISBN 978-84-698-4867-8



9 788469 848678

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)